SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Hacer bien por carambola

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO, ESCRITO EN PROSA

ORIGINAL DE

FELIPE SÁNCHEZ CALVO

Y

ENRIQUE LUQUE MÉNDEZ-VIGO



MADRID

SALÓN DEL PRADO, 14, HOTEL

1902

HACER BIEN POR CARAMBOLA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO, ESCRITO EN PROSA

ORIGINAL DE

FELIPE SÁNCHEZ CALVO

Y

ENRIQUE LUQUE MÉNDEZ-VIGO

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO MARTIN de Madrid, el día 12 de Marzo de 1902



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—

1902

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GERTRUDIS....................	SRA. COB.
FILOMENA....................	SRTA. ABIENZO.
FELIPE.......................	SR. ABBAD.
PEDRO.......................	CARRASCO.
EDUARDO....................	ENCISO.

Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO ÚNICO

La escena representa una alcoba elegantemente amueblada; puertas laterales en primero y segundo término; en el foro dos balcones practicables; en el testero que separa ambos balcones, una cama con colgaduras tupidas, arrimada á la pared por uno de sus costados; dos butaquitas, una á la cabecera y la otra á los pies de la cama; á la izquierda, y entre las dos puertas laterales, un armario de luna; á la derecha, y también entre las puertas laterales, un «buró»; sillas y muebles propios de la habitación, repartidos convenientemente por la escena. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

FILOMENA, después GERTRUDIS

FIL. (Paseándose con impaciencia por la escena.) ¡Las once, ya! ¡Qué largas son las noches!... Mi marido está en el baile y yo esperando á que se aburra y se acuerde de su mujer... ¡que ya es esperar!... porque ningún marido se fastidia fuera de su casa. ¡Qué lástima que en la práctica, no sea una verdad, la máxima evangélica, que dice: *la mujer debe seguir al marido*... ¡Que felices seríamos y lo que nos divertiríamos en los bailes!... ¡Qué enojoso es esperar!... ¿Qué inventaría yo para pasar la velada ocupada en algo grato?...

Cuando me despedí de las monjas del colegio, para casarme, sor Mercedes me dió un consejo, para estos casos... ¿Qué fué?... ¡Ah! Sí; ya me acuerdo, que escribiera, en los ratos perdidos, el diario de mi vida... ¡Pues voy á escribirlo! (Se dirige al buró; se sienta, lo abre, saca papel y recado de escribir.) Veremos si la memoria me es más fiel que Eduardo. (Se pone á escribir) Día 15 de Abril de 1900... En este día me caso; mi marido iba muy guapo y yo iba muy linda... (Dejando de escribir y dirigiéndose al público.) Esto no lo digo yo, me lo dijeron dos tenientes de infantería, al salir de la iglesia. (Volviendo á escribir.) Día diez y seis de Abril... (Deja de escribir y se queda pensativa.) ¡No!.., nada... desde el día quince de Abril, día de la boda, hasta el día veinte de Septiembre del mismo año, puntos suspensivos. (Hace que los pone) Hay cosas que no se pueden decir en el diario; ¡pero algo tengo que poner!... Pondré un sol que abarque todos esos días; (Hace que lo pone.) el sol de la felicidad conyugal, por ejemplo... ¡Ay!... ¡Me ha caido un borrón dentro del sol!... ¿Con qué lo quito, Dios mío?... ¡Con nada! ¡No lo quito!... Este borrón representa una noche que Eduardo pasó fuera de casa, velando un enfermo, según me dijo... (Vuelve á escribir.) Día veintiuno de Septiembre, mi marido me lleva á tomar un sorbete; no se dignó mirarme mientras me lo tomaba. (Dejando de escribir.) Se conoce que dijo: *Haz bien y no mires á quién.* (Escribiendo.) Día... hoy... Eduardo, va á un baile y yo me quedo en casa, pensando en lo felices que son las mujeres que saben poner en práctica el sabroso refrán que dice: *Donde las dan las toman.* (Suena el timbre de la puerta de la calle.) ¿Quién será á estas horas?... ¡Dios mío, que sea Eduardo, aunque venga muy aburrido! (Sale Gertrudis por la derecha)

GERT. Señorita...

FIL. ¿Quién es?

GERT. Paca, la doncella de su mamá de usted.

FIL. (Levantándose sobresaltada.) ¿Qué quiere? ¿Ha ocurrido algo? ¡Habla!

GERT. Viene á decir á la señorita, que la señora se ha puesto un poco mala.

FIL. ¡Dios mío! ¡Mi madre mala!

GERT. No se alarme usted, señorita; pero como la señora está sola, dice la Paca que si tiene usted la bondad de ir.

FIL. ¡En seguida! Dile que espere.

GERT. Está esperando, señorita.

FIL. (Se dirige al armario de luna, lo abre y saca un velo.) Ayúdame á ponerme el velo... pronto... (Gertrudis la ayuda.) Si viene el señorito, le dices lo que ocurre, por si quiere ir... ó mejor será que no le digas nada... vendrá muy tarde...

GERT. Pero cuando venga y no vea á la señorita, preguntará...

FIL. Si pregunta, bueno; pero no le esperes, dejas la llave debajo de la puerta y te acuestas... ¿oyes?

GERT. Sí, señorita. (Concluyendo de ponerle el velo.)

FIL. ¡Vaya, adiós!

GERT. Adiós, señorita, que no sea nada lo de la señora.

FIL. ¡Dios te oiga! (Vanse las dos por la derecha; Gertrudis, vuelve dando muestras de alegría.)

ESCENA II

GERTRUDIS, sola

No hay mal que por bien no venga; esto es una verdad mas grande que las ganas de casarse que tenemos las mujeres. Gracias á la enfermedad repentina de la madre de mi señorita, puedo ir al baile esta noche y... hacer una suerte loca... ¿quién sabe?... La última noche que estuve, bailé con un *joven* de unos cuarenta y... tantos años que me ofreció vestirme de pies á cabeza y llevarme al tálamo; pero yo le dije *gracias*, porque el tálamo debe ser algún merendero de la Bombilla... ¡Vaya, menos consideraciones y apro-

vechemos el tiempo... me pondré un vestido de la señorita... ¡el que tiene descotado! El descote es siempre un aperitivo para no quedarse sin pareja y sin pulmonía... Pero llevando la capa de *peluche* de la señorita no tengo miedo... ¿Tendrá las llaves en la mesa de noche?... (Se dirige á la mesa de noche, la abre y saca las llaves,) ¡Sí! ¡Aquí están! Pues al ropero, inmediatamente. Lo que es si esta noche me encuentro al *joven* de marras, no rehusa... A ver que tal dan de comer en el tálamo. (Apaga la luz eléctrica. Vase por la izquierda.)

ESCENA III

FELIPE con PEDRO á la espalda y trayendo en una mano un cerillo encendido

FEL. Gracias, sereno, gracias, puede usted retirarse .. (Entrando por la derecha.) Señor, ¿qué habrá bebido este hombre para pesar de este modo? ¡Ni que se le hubiera cristalizado el vino en lingotes de plomo!... ¡Qué hermosa es la filantropía! Esta vez, ha tomado en mi cuerpo la forma de mozo de cuerda... ¡Todo sea por la humanidad!... (Deja caer á Pedro sobre una de las butacas que hay junto la cama. Pedro se queda hecho un tronco.) Pero no pongamos todo. (Enciende la luz eléctrica y apaga el cerillo.) ¡Vaya! Se conoce que en esta casa no hay nadie... ¿Estará durmiendo la señora de este caballero?... (Mira por entre las cortinas al interior de la cama.) ¡Caramba!... ¡Está vacía!... Puede que sea viudo ó soltero... ¡Más vale así!... Porque un hombre que se vuelve cepa americana, como este señor, preferible es que se le coma la filoxera del celibato... Una vez cumplida mi alta misión, debo marcharme; aquí estoy estorbando; pero, ¿qué cosa será esta que yo siento que, en cuanto veo un accidente cualquiera no me puedo contener, y... ¡zás!... me meto dónde no me llaman? Este pobre se-

ñor, si no es por mí, muere como los perros, víctima de la morcilla. Me lo encuentro tendido en medio de la calle, sin dar más señales de vida que el olor á mosto. Al verlo tan bien portado, digo... hoy por tí y mañana por mí... Me acerco, le pregunto su nombre y las señas de su casa y... no me contesta; pero me señala el bolsillo izquierdo del abrigo, meto la mano en él y saco esta tarjeta (Mostrándola) que dice así: «Eduardo Mendoza» y las señas de esta casa. Llamo al sereno, le pido su ayuda, lo subimos, le preguntamos si tenía la llave del cuarto y nos señala hacia la parte inferior de la puerta; efectivamente, por debajo asomaba la llave; la cojo, abro... y aquí estoy... Aquí estoy esperando á que alguien salga y se haga cargo de esta obra filantrópica. (Pedro empieza á moverse y estirarse.)

PED. ¡Padrino!... ¡Padrino!

FEL. (Aparte.) Llama á su padrino.. ¡Creerá que acaba de nacer! (Acercándose á Pedro.) ¿Qué? ¿Os sentís mejor?

PED. ¡Me siento muy mal! Y para estar mal sentado, prefiero la cama.

FEL. ¿Queréis acostaros?

PED. ¡Que me acuesten!

FEL. ¡Vamos á la cama! (Hace intención de coger á Pedro para acostarlo; Pedro lo rechaza.)

PED. ¿Qué va usted á hacer?

FEL. ¡Acostarlo!

PED. ¡Desnúdeme usted antes, que no soy ningún fenómeno!

FEL. (Aparte.) ¿A que me pega todavía? (Le quita el abrigo.)

PED. Oiga usted. la ropa me la echa encima, porque luego viene mi mujer y me dice... ¡Estamos frescos!

FEL. No tenga usted cuidado. (Aparte.) Este va á concluir por pedirme que le cante la *nana* para dormirse. (Empieza á quitarle el frac, que está algo estrecho; y haciendo fuerzas para sacárselo, se lo saca de pronto y se cae Felipe en la otra butaca.)

PED. ¿Dónde va usted?

FEL. ¡Caramba!

PED. Otra vez avise; que tiene usted unos arranques como los tranvías eléctricos.

FEL. ¡Hombre! ¡No tiene usted motivos para quejarse!

PED. ¿Que no? Vea usted si dentro de alguna manga se ha quedado alguna mano.

FEL. ¡No se apure, amigo mío, tiene usted las dos en su sitio!

PED. Gracias, por la noticia.

FEL. ¡Vaya, á la cama! (Cogiéndolo y echándole en la cama.)

PED. Adiós, amigo mío, ya sabe usted dónde me tiene á sus órdenes.

FEL. Lo mismo le digo; yo estoy al servicio de todo el mundo...

PED. ¿De qué distrito es usted?

FEL. ¿Distrito? ¿Para qué?

PED. Para recomendarle á usted al delegado. ¿No es usted guardia de orden público?

FEL. (Aparte) ¡Lo que hace el vino! (Echándole á Pedro su ropa encima de la cama.) Gracias por su recomendación, pero no la necesito; mi distrito no es de este mundo, como dijo Jesús.

PED. ¡Ah! ¿No es de este mundo? Pues entonces vuelva usted mañana y le daré una carta para González Bravo.

FEL. (Aparte.) ¡Qué mona! ¡Todavía está en el período de asimilación! (Echando las colgaduras de la cama Sale Gertrudis elegantemente vestida por la izquierda; al salir se fija en Felipe, grita y retrocede asustada hasta la puerta.)

ESCENA IV

GERTRUDIS y FELIPE

GERT. ¡Un hombre!.. ¡Ladrones!

FEL. (Haciendo ademán de sumisión.) ¡No se alarme usted, señora, soy moro de paz!

GERT. (Aparte.) ¡Un moro de paisano!

FEL. (Aparte.) Esta debe ser la esposa del beodo...

GERT. (Reponiéndose y tomando ánimos al ver la actitud pasiva de Felipe.) ¿Por dónde ha entrado usted?

FEL. Por la puerta, señora mía.

GERT. (Aparte.) ¡Me toma por una señora!

FEL. (Aparte.) ¡Qué guapa es!

GERT. ¿Y quién es usted? ¿A qué viene á esta casa?

FEL. Soy... la providencia.

GERT. (Aparte.) ¿A que se ha muerto la madre de la señorita?

FEL. ¿Ha oído usted? ¡La providencia!

GERT. ¿Alguna agencia funeraria?

FEL. Soy la providencia, porque acabo de hacer á usted una buena obra.

GERT. ¿A mí?

FEL. ¡A usted!

GERT. Pues á mí no me parece tan buena la obra que me está usted haciendo.

FEL. Cuando sepa la acción meritoria ya variará de opinión... Acabo de recoger de en medio del arroyo al esposo de usted.

GERT. ¿Herido? (En tono zumbón.)

FEL. En un estado algo... mostoso.

GERT. ¿Está usted seguro que es mi marido?

FEL. ¡Segurísimo!

GERT. (Aparte.) ¡Me toma por la señorita!... ¡Qué compromiso!...

FEL. (Aparte.) ¡Qué mujer tan interesante!

GERT. (Aparte.) ¡Cómo me mira!

FEL. (Aparte.) Y esta señora, si no es una borracha, debe ser muy desgraciada. (A Gertrudis.) ¿Iba usted á salir?

GERT. Sí, señor... pero si como usted dice está mi marido en casa...

FEL. ¿Quiere usted verlo? ¡En esa cama está! (Dirigiéndose hacia la cama.)

GERT. (Deteniéndolo.) ¡Ay! No, señor; me basta con su palabra. (Aparte.) Si me ve el señorito con este traje... no quiero pensarlo...

FEL. (Aparte.) Me están dando unas tentaciones!...

GERT. (Aparte.) No me quita ojo... ¿A que se ha enamorado de mí la providencia, como él se llama?

FEL. (Aparte.) ¡La filantropía tiene muchos fines, y cuando un hombre como yo se encuentra

á una mujer... como ésta... en tan críticas circunstancias, debe intentar hacerla feliz.

GERT. (Aparte.) Me parece que á este señor lo he cazado con el traje de la señorita.

FEL. ¡Señora!...

GERT. (Aparte.) Se me arranca.

FEL. Señora... conozco que usted no debe ser dichosa en su matrimonio.

GERT. ¡Ay! (Suspirando.) ¡Qué penetración tiene usted, caballero!

FEL. (Aparte.) ¡No se asusta!

GERT. (Aparte.) ¿No sigue? ¡Qué lástima!

FEL. Un marido como el que desgraciadamente le ha tocado, no puede inspirar á una mujer, de paladar delicado como usted, más que repugnancia... mucha repugnancia.

GERT. Más que un purgante... ¿Le parece á usted poco?

FEL. ¡Justo! ¡Eso es!... (Aparte.) ¡Debe estar de su marido hasta la coronilla!

GERT. (Aparte.) Yo debía decirle... márchese usted... pero una ocasión como esta de atrapar una buena colocación, no se presenta todos los días.

FEL. ¿Su esposo se retirará por las noches muy tarde?

GERT. ¡Mucho!

FEL. ¿Será cariñoso pocas veces?

GERT. ¡Nunca! Pero.. baje usted la voz, que nos puede oir y me da mucha vergüenza. (Fingiendo recato.)

FEL. (Aparte.) ¡Ay!... ¡Ya eres mía!

GERT. ¿Decía usted? (Aparte.) Hay que darle cuerdo para que ande... (Alto.) Sentémonos... aquí... (Le ofrece asiento á su lado.)

FEL. Decía... que una mujer como usted toda dulzura... toda amor, es digna de otro hombre que sepa apreciar el tesoro que usted guarda.

GERT. ¡No lo crea usted, ahora se sisa muy poco!... ¡Pero, qué digo!... Creí que me preguntaba usted por mis ahorros.

FEL. ¡Me refiero al tesoro de su alma! Si usted quiere ser feliz, no busque usted un joven, no sirven para el caso.

GERT. Dice usted más verdad que un ciego... A mí me gustan los hombres de peso.

FEL. Tienen muchas ventajas.

GERT. La primera que no se los lleva el aire.

FEL. Los hombres de peso... como yo...

GERT. Son adoquines para el cariño.

FEL. ¡La comparación no es muy apropiada!

GERT. ¿Que no? ¡Donde cae un hombre de peso, allí se queda!

FEL. ¡Oh! Tiene usted mucha razón... ¡Yo!...

GERT. (Aparte.) Tú, ya has caído.

FEL. ¡Yo estoy loco! Me ha trastornado usted de tal modo...

GERT. ¡Por Dios, caballero, que mi marido puede oirnos!

FEL. ¡No me importa! Por usted lo arrostraré todo... todo... (Hace intención de abrazarla. Comienza á sonar un timbre que no para, hasta que se indique.)

GERT. ¡Mi esposo! (Levantándose y corriendo hacia la derecha.)

FEL. ¡Qué!

GERT. ¡Que llama! ¿No lo oye usted?

FEL. ¡Corra usted á ver qué quiere!

GERT. ¿Yo? ¡Vaya usted, que á mí no me va á conocer! (Felipe va á la cama, mira por entre las colgaduras y cesa de tocar el timbre.)

FEL. ¡Si está dormido!

GERT. ¿Pues cómo llamaba tan porfiado?

FEL. Una mala postura y habrá cogido el timbre debajo.

GERT. ¡Pues vaya una postura llamativa!

FEL. Señora mía, no puedo permanecer más tiempo aquí; por un lado usted y por otro su marido, me hacen perder la tranquilidad.

GERT. (Aparte.) ¡Y si se va á marchar sin declararse del todo!

FEL. Como aquí no podemos hablar...

GERT. ¿Dónde entonces?

FEL. (Aparte.) ¡Caramba! ¡Qué prisa le ha entrado á ésta de pronto!

GERT. Porque aquí, ya lo ve usted...

FEL. En la Bombilla, algunos merenderos...

GERT. ¿En el tálamo sirven bien?

FEL. No he comido nunca en ese merendero.. pero si tú quieres... (Cogiéndola una mano y acariciándosela.)

GERT. (Aparte.) ¡Ya me tutea!... (Abandonándose á Felipe.)

FEL. Comeremos allí una vez todas las semanas.

GERT. ¡Dos!

FEL. Bueno, dos veces.. porque tú tienes ganas de ser feliz...

GERT. Y de comer... no lo sabes muy bien... ¡He sufrido mucho!

FEL. ¡Malo! (Felipe que está acariciando la mano de Gertrudis, va expresando en su cara que está siendo engañado.)

GERT. ¡He trabajado mucho!

FEL. ¿En qué... has trabajado tú?

GERT. ¡En la casa!

FEL. ¡Fregando platos! (Rechazando con energía la mano de Gertrudis.)

GERT. ¡Anda, me ha conocido!

FEL. ¡Por las manos!

GERT. ¡Já, já, já! (Se ríe.)

FEL. ¡Ah! ¿Te ríes encima? Ahora mismo llamo á tu señorito, le cuento la infamia que has hecho conmigo y la suplantación indigna que has cometido, arrastrando el nombre de su esposa por el lodo.

GERT. ¡Se ha fregado hoy toda la casa!

FEL. ¡Irás á la cárcel!

GERT. ¡Ya será menos! Porque yo, sepa usted que me he soltado á hablar hace unos días, y diré á mi señorito que usted ha querido engañarlo, que me ha hecho el oso por creeerme la señora de la casa...

FEL. (Aparte.) ¡Caramba! ¡Tiene razón!

GERT. ¡Conque... llámelo usted... ande!

FEL. (Aparte.) ¡Todavía voy á tenerle que reir la gracia!

GERT. Vamos, señor de providencia... ¿lo llama usted ó lo llamo yo?

FEL. Pero... ¡qué vas á hacer!... ¡Si me ha hecho mucha gracia la tomadura de pelo!... ¡Já, já! já!... ¿Mira que confundirte con la señorita? ¡Ni que estuviera borracho!

GERT. ¡Qué intrépido! ¿Verdad?
FEL. ¡Y qué lástima!...
GERT. ¿Que no hubiera sido ella?
FEL. Eso es.
GERT. Qué lástima, que entonces no se hubiera levantado el señorito.
FEL. ¡Levantarse!... No puede... tiene muchas copas dentro.
GERT. Y de lo dicho... ¿qué?
FEL. ¡Que te vayas á la cocina!
GERT. Donde me voy es á la calle á buscar á la señorita que está en casa de su mamá, que se halla enferma.
FEL. Eso sí que no, es muy tarde, yo iré; tu señorito no se puede quedar solo y yo no me quiero quedar con él.
GERT. Pues con su permiso, voy á variarme de traje.
FEL. Vuelve pronto.
GERT. (Aparte.) ¡Qué lástima de guantes! ¡Si me los pongo, lo pesco; vaya si lo pesco! Y luego dicen que gato con guantes no caza... (Vase por la izquierda.)
FEL. No se ha hecho el amor para los filántropos... Sigamos nuestra obra meritoria. (Acercándose á la cama y levantando las colgaduras.)

ESCENA V

FELIPE y PEDRO. Este en la cama

FEL. ¿Eh?... ¡Amigo mío!... ¡Oiga usted!
PED. ¿Yo? ¡Con Seltz!
FEL. ¡Si no es bebida!
PED. ¿Pues qué es? ¡Parece usted un mosquito!
FEL. Que su mujer de usted ha salido.
PED. ¿A buscarme?
FEL. No; ha ido á casa de su madre que está enferma.
PED. ¡Me alegro!
FEL. De cuidado.
PED Mi suegra siempre fué una señora de mucho cuidado.

FEL. Voy á buscarla.

PED. ¡No me la traiga usted, por favor, que me va hacer daño el vino!

FEL. ¿Si á quien voy á buscar es á su señora?

PED. ¡Ah!

FEL. ¿Dónde vive su suegra?

PED. ¡Sartén, siete, segundo!

FEL. Pues voy en seguida.

PED. ¡Que usted se alivie! (Felipe echa las colgaduras de la cama y cubre á Pedro.—Sale Gertrudis por la izquierda con el traje de casa.)

GERT. ¿Pero está usted todavía aquí?

FEL. No he querido dejarlo solo... no lo abandone usted, yo voy en seguida por la señorita.

GERT. ¿Pero sabe usted dónde vive?

FEL. Me lo ha dicho el señorito... conque... adiós. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

GERTRUDIS

¡Vaya usted con Dios... Tenorio!... ¡Después de derretirse como los chicharrones, me desprecia porque soy la criada!... ¡Qué hombres!... Pues ¿y mi señorito?... Bebido.. ¡Si no lo viera no lo creyera... Y luego en casa duchas y medicinas y... ¿para qué tanta precaución? Para venir á casa con una *baba* que ni que estuviera con la dentición... Y sufra usted luego las consecuencias... y deje usted de ir al baile, y quién sabe si... al tálamo, por una tajada del señorito... ¡Estoy por acostarme!... Pongo la llave debajo de la puerta, y si viene la señorita, como ya lo sabe, entrará sin llamar... Buena se va á poner la señorita cuando se encuentre con ese pellejo consorte... Luego dicen que la clase baja... pero ya veo que la muerte y el vino, nos iguala á todos. (Hace medio mutis por la izquierda. Suena el timbre y Gertrudis vuelve de la puerta sobresaltada.) ¡El señorito! ¿Qué se le ocurrirá ahora? ¿Si se le habrá roto la es-

pita? (Se va hacia la cama, levanta las colgaduras, da un grito y retrocede asustada.) ¡Si no es el señorito! ¡Es... es... el del tálamo!... ¡Mi pareja de baile! Pero, ¿cómo ha venido este hombre aquí, en vez de mi señorito?... ¡Dios mío! ¿Qué hago? ¿grito?... ¡No! ¡Eso no!... Pobre señor, no me ha hecho nada más que una promesa y no sé si la cumplirá... Puede cumplirla... ¿Pero y si vienen y lo ven? ¡qué escándalo!... No tengo más remedio que echarlo á la escalera. (Acercándose á la cama.) ¡Eh! ¡Caballero!... Caballero!... (Zarandeándolo.) ¡Qué agarrado está á los colchones! ¡Parece de lacre! (Entra Eduardo por la derecha y se queda parado en la puerta, fijándose en Gertrudis.)

ESCENA VII

GERTRUDIS y EDUARDO

EDU. ¿Qué haces ahí?

GERT. (Aparte.) ¡El señorito!... (Echa precipitadamente las colgaduras de la cama.) ¡Como lo descubra me da la cuenta y una paliza!

EDU. ¿Has oído? ¿Qué haces?

GERT. La cama.

EDU. ¿A estas horas?

GERT. No la he hecho antes para que no se le pusiera dura; porque haciéndola temprano... pues le pasa lo que al pan, que se endurece.

EDU. ¡No digas desatinos! ¡Vete!

GERT. (Aparte.) ¡Pero cómo lo dejo yo aquí, para que vea al otro... y se arme la gorda!... No; no me voy.

EDU. ¿Te vas ó te quedas? (Aparte.) Esta muchacha está asustada... (A Gertrudis.) ¿Y la señorita?

GERT. Ha ido á casa de la señora...

EDU. ¿Que se ha ido?

GERT. Mandaron recado de que estaba enferma... y se fué... ¿Quiere ir el señorito á recogerla? Porque es muy tarde para que venga la señorita sola.

EDU. Ya la traerán... Vete... Si te necesito, llamaré.

GERT. (Aparte) Se ha empeñado en darme la noche y me la da... (A Eduardo.) Cuando se vaya á acostar el señorito me avisa para arreglarle la cama.

EDU. ¿Qué tiene?

GERT. Pues un colchón sin... bastas.

EDU. Bueno; pero déjame ya solo... ¡si te parece bien!

GERT. Sí, señorito. (Aparte.) En seguida dejo yo á merced tuya al señor del tálamo... Detrás de la puerta observaré... (Vase Gertrudis por la izquierda, quedándose detrás de la puerta y saliendo siempre que se indique. Eduardo, desde que ha salido, ha estado paseando la escena con febril agitación, la que todavía le continúa.)

EDU. ¡Qué noche! ¡Cuando uno espera divertirse más, se ponen las cosas de un modo, que todo acaba por contrariarle y cada paso es un conflicto! ¡Y lo que es el mundo! Mi mujer me tildará de egoista, que las diversiones las escojo sólo para mí; de infiel, pues mientras ella está al lado de su madre, enferma, me cree á mí midiendo el talle de alguna mascarita... ¡No es esto para desesperarse! ¡No es motivo para dejarse llevar de todos los demonios!.. Estoy por meterme en la cama. (Gertrudis saliendo por la izquierda y hablando desde la puerta con temor.)

GERT. ¡Señorito! ¡Señorito!

EDU ¿Qué?

GERT. ¡Que no está hecha!...

EDU. Ya me lo has dicho, ¡vete!

GERT. (Aparte) ¿Cómo lo echaría de aquí? (Vase por la izquierda.)

EDU. Espero que el suceso de esta noche acabe en un lance... Los caballeros deben obrar así... Yo soy el ofendido, puesto que la bofetada la he recibido yo... Y aunque el que así me afrentó delante de señoras, estaba borracho, ha de acordarse de mí... Pero estoy muy excitado... necesito calma... tranquilidad y reposo para poner en orden las ideas

que la rabia y la ira tienen dispersas; para esto nada mejor que la cama. (Gertrudis, saliendo por la izquierda y quedándose en la puerta.)

GERT. ¡Señorito!

EDU. ¿Otra vez? ¿Qué quieres?

GERT. Que si se acuesta usted en la cama, como está ahora, le aseguro que no encuentra desdescanso.

EDU. Lo primero que yo necesito para descansar es que me dejes... conque... largo.

GERT. ¡La señorita no viene y es muy tarde!

EDU. ¡Ya vendrá!

GERT. (Aparte) ¡Me lo estoy viendo acostarse! (Vase por la izquierda.)

EDU. Me choca ya tanta insistencia en la muchacha... Parece que está turbada y me parece... que está detrás de la puerta... Pues voy á darla un susto para que escarmiente. (Eduardo se dirige á la puerta izquierda; al llegar á ella sale Gertrudis de improviso y se dan un encontronazo.)

GERT. ¡Ay!

EDU. ¡Caramba!

GERT. Me ha asustado usted, señorito.

EDU. Y tú á mí.

GERT. ¿Se va usted á acostar?

EDU. ¡Parece que tienes empeño en que me acueste!

GERT. Al contrario, señorito... ¡Es que tengo un miedo muy grande!

EDU. ¡Miedo! ¿De qué?

GERT. No sé.. pero por allí dentro hay unos ruidos y unas sombras que no me atrevo á acostarme... y si usted se acuesta... yo no me quedo sola en la casa... me voy á la calle.

EDU. ¿Te va á ocurrir algo?

GERT. ¡Quién sabe si habrá para todos!

EDU. Vaya, vamos á registrar toda la casa para que te tranquilices y me dejes en paz.

GERT. ¡Usté solo, no!... Le acompañaré yo.

EDU. ¿Crees que no tengo valor?

GERT. No señor; pero sería mejor que avisara ususted al sereno.

EDU. ¿Pedir auxilio? ¿Estás loca? ¡Vamos, sígue-

me! (Se dirige á la puerta izquierda seguida de Gertrudis, encendiendo antes una palmatoria, la que coge en una mano.)

GERT. (Aparte.) ¡No se marcha ni á tiros! Ni siquiera el tiempo necesario para poner en salvo, en la escalera á mi futuro... amor

EDU. ¡Vamos!

GERT. Ya... voy... (Vanse ambos por la izquierda. Felipe, antes de salir, apaga la luz eléctrica.)

ESCENA VIII

PEDRO. Sale de la cama envuelto en una sábana; al salir se queda un rato sosteniéndose en la cama para no caerse, con un gorro de dormir en la mano

No se puede dormir en estas camas que tienen gorro... Yo no sé si me falta aire ó me falta vino... La familia lo abandona á uno, en cuanto lo notan pámpano y no hacen nada por restituirlo al seno del hogar y le niega á uno el lecho, el aire y el agua... Por aquí debe haber un balcón .. si no se lo ha llevado mi esposa por hacerme la florida. (Llega dando traspies al balcón de la derecha y lo abre.) Aquí está; *todo está igual, parece que fué ayer...* cuando me dijo mi señora...—Pedro, mira lo que bebes, no te tragues una espina.—Y si viera, la pobrecita, las fatigas que estoy pasando, me diría.. —¡Ay, Pedro, qué *raspa* tienes!—Tomemos el aire á ver si me sereno un poco... De esta vez no pasa... no vuelvo á beber más vino en ningún baile; parece que lo hacen con intención; dan una bebida que el que no baila de pie... baila de coronilla, ¡y ande el movimiento! (Se entra en el balcón y lo cierra.)

ESCENA IX

GERTRUDIS, EDUARDO, después FILOMENA

EDU. (Saliendo por la izquierda, seguido de Gertrudis, con la palmatoria encendida, la que deja encima de la mesa de noche.) Ya lo has visto, no hay nadie.

GERT. Muchas gracias, señorito.

EDU. Creo que ya te acostarás y me dejarás sólo... porque parece que temes algo de mí.

GERT. ¿De usted? ¡No, señor!

EDU. Entonces... hasta mañana.

GERT. Sí, señor, hasta mañana... no me acuesto.

EDU. ¡Pues que te ahorquen!

GERT. Más me valiera.

EDU. ¡Pero vete á tu cuarto ó á la calle! ¡Quiero estar sólo!

GERT. (Aparte.) Está bueno para tropezar con el huésped que nos ha caido. (Suena el timbre de la puerta de la calle)

EDU. Sal y abre.

GERT. Será la señorita (Vase Gertrudis por la derecha.)

EDU. Me va escamando el miedo de la criada y la salida de mi mujer. (Fijándose en el buró.) ¿Estaba escribiendo? ¡Es raro!... (Leyendo) «*Donde las dan las toman.*» (Dejando sobre el buró el papel.) ¿Qué habrá querido decir?. . ¡Parece una amenaza! (Salen por la derecha Filomena y Gertrudis.)

FIL. ¿Ya estás aquí?

EDU. ¿Te extraña?

GERT. (A Filomena con misterio.) ¡Señorita, llévenselo usted al gabinete!

FIL. ¡Muchísimo! Dejar tú el baile y venirte á casa... algo grave te ocurre.

EDU. Nada... de importancia.. En cambio á tí .. ya he sabido lo de tu madre... ¿Está grave?

GERT. (A Filomena.) ¡Señorita, lléveselo usté al comedor!

FIL. (A Gertrudis.) ¿Para qué, mujer?

EDU. ¿Has oído? ¿Está grave tu mamá?

FIL. No ha sido nada; un vahido que le ha pasado en seguida.

EDU. Ya estaba yo con cuidado por tu tardanza... y Gertrudis también estaba con mucho cuidado; ¿verdad, Gertrudis?

GERT. (A Filomena.) ¡Señorita, lléveselo usted á la cocina!

FIL. (Aparte.) ¿Qué le pasará á Gertrudis, que quiere que me lleve á Eduardo de paseo por toda la casa? ¡Es raro!

EDU. Por más que le he dicho, no he podido conseguir que se acueste.

FIL. ¿Qué esperabas para acostarte?

GERT. ¡Nada! Que usté viniera. (A Filomena.) ¡Señorita, quite usted al señorito de enmedio, ya le diré por qué!

FIL. (A Gertrudis.) ¡Hija! ¿quieres que lo mate? (Alto.) Vaya, acuéstate que nosotros vamos á hacer lo mismo.

GERT. ¡No, todavía, no!

EDU. ¡Ah! ¿Nos tienes que dar tú el permiso?... ¡No lo sabíamos!...

GERT. Es... que no está hecha la cama.

FIL. ¡Cómo no, si la has hecho esta mañana!

GERT. Sí, señorita; pero la he deshecho.

FIL. ¿Para qué?

GERT. Para entretenerme... ¡Como estaba sola!... (Aparte.) ¡La señorita lo va á echar á perder todo!

FIL. (Aparte.) A esta muchacha le ha ocurrido algo extraordinario.

EDU. (Aparte.) Me parece que mi mujer y Gertrudis se entienden y hasta yo voy entendiendo algo...

FIL. ¡Haz la cama en seguida!

GERT. (Aparte.) ¿Qué hago yo? ¡Ya no es posible negarme más!

EDU. ¿Qué esperas? ¡Tampoco la quieres hacer? ¡Pues la haré yo! (Dirigiéndose con decisión hacia la cama; pero Gertrudis se interpone entre ésta y Eduardo.)

GERT. ¡Señorito! ¿Qué va usted á hacer?

EDU. ¡Ya lo sabes!

GERT. ¡Por piedad, señorito; no la haga usted que... está muy feo!

FIL. ¿Se habrá vuelto loca?

EDU. ¡Quítate de enmedio! ¡Aquí se me oculta algo!... (*Forcejeando con Gertrudis.*)

FIL. ¿Qué dices, Eduardo?

GERT. ¡Señorito, le juro que yo soy inocente, que no he tenido participación en nada!

EDU. Eso ya lo averiguaré yo... pero apártate ó te tiro por el balcón.

GERT. ¡Señorita, ayúdeme por favor!

FIL. ¡Si no comprendo nada de lo que está pasando!

EDU. ¡Ahora lo comprenderás... espera ..! (*Empujando con violencia á Gertrudis que la hace quitarse de delante de la cama. Eduardo se dirige hacia ésta frenético y levanta las colgaduras con violencia quedándose parado al ver que no hay nadie.*)

GERT. ¡Se fué! (*Con ingenua alegría.*)

FIL. ¡Se fué! ¿Quién se fué?

EDU. ¿Quién? ¡Vosotras lo sabreis!

FIL. ¡Eduardo, hablas con un tono que me ofendes!

EDU. ¡Aquí tienes el cuerpo del delito! (*Levantando en alto el frac de Pedro que estaba en la cama.*)

FIL. ¡No me ultrajes! ¡No digas desatinos! Eso no ha sido nunca un cuerpo!...

EDU. ¿Que es entonces?

GERT. ¡Un frac!

EDU. ¡Esta es la enfermedad de tu madre, este es el miedo de Gertrudis! ..

FIL. ¡Dios mío, me horrorizo de oirte! ¿Qué supones, Eduardo?

EDU. ¡Lo que veo, lo que toco! Esto (*Por el frac.*) es la solución del geroglífico que tienes escrito en ese papel! (*Indicando el que hay en el buró.*)

GERT. (*A Filomena*) ¡Ve usted, señorita! ¡Si se lo huhubiera usted llevado!

FIL. (*A Gertrudis.*) ¡Vete, infame! ¿Cómo te has atrevido á. .?

GERT. ¿Yo? Ya he dicho que no he hecho nada; se han metido como Pedro por su casa.

EDU. ¡Está claro! ¡Como quien sabe que no estoy yo! .. ¿Dónde está ese hombre? (*Se dirige á la mesa de noche y saca un revólver.*)

FIL. Mujer, confiesa...
GERT. ¿Que confiese?... ¡Confesaré!... Pero...
FIL. ¿Qué?
GERT. ¡Que vaya el señorito por el cura!
EDU. Lo que tengas que decir, nadie más que yo puede oirlo.
FIL. ¡Dios mío, qué vergüenza, desconfiar de mí!
EDU. ¡Responde! ¿Dónde está ese hombre?
GERT. Ahora no le sé, se lo juro.
EDU. ¿Luego has sabido dónde ha estado?
GERT. Sí, señor.
EDU. ¿En qué sitio?
GERT. Dentro de ese frac.
EDU. ¡Gertrudis, no te burles!... ¡Mira que te mato... y mato á la señorita, si no cantas claro!
FIL. ¡Canta, mujer, canta lo que sepas!
GERT. ¿Pero están ustedes para música ahora?
EDU. ¡Mi paciencia se agota y no puedo más!
GERT. ¡Pero si yo no sé nada! No hay más que una persona que lo pueda aclarar.
FIL.
EDU. } ¿Quién?
GERT. Uno que dijo era la providencia.
EDU. ¡Basta! Te obstinas en callar; pero no importa... Todo me lo figuro... Todo lo veo...
GERT. (Aparte.) (¡Qué ojos tiene el señorito! ¡Dios le conserve la vista!)
EDU. ¡Preparáos, infames! (Coge á Filomena por un brazo y la sacude con violencia. Filomena cae á sus pies en actitud de súplica.)
FIL. ¡Soy inocente, Eduardo! ¡No hagas una atrocidad! ¡Te lo suplico!
GERT. ¡Socorro!... ¡Socorro! (Entra Felipe por la derecha.)

ESCENA X

DICHOS y FELIPE

FEL. ¿Qué va usted á hacer, caballero? (Interponiéndose precipitadamente entre Eduardo y Filomena.)
EDU. (Aparte.) (¡Si será este!)

FIL. (Aparte) (¿Por dónde entra en casa tanta gente?)

GERT. ¿Me habré dejado la puerta abierta? (Aparte.) (¡Gracias á Dios que se va á arreglar esto!)

FEL. ¡Señor mío, en mi presencia no permito esas actitudes violentas!... Guarde usted ese perfumador. (Refiriéndose al revólver.)

EDU. ¿Y quién es usted para exigirme eso?

FEL. ¡La Providencia!

GERT. (A Filomena.) Este es el otro caballero que estuvo antes.

FIL. ¿Otro? Pero muchacha, ¿has tenido besamanos?

EDU. (Aparte) (Este es el que dice Gertrudis que lo sabe todo.)

FEL. ¿Usted será la señora de la casa?

FIL. Servidora de usted.

FEL. ¿Ya habrá usted visto á su marido?

FIL. ¡Desgraciadamente!...

EDU. ¡Filomena!...

FEL. Tiene usted razón, señora; es una desgracia tener un marido tan borracho... un perdido, un... tirado en medio del arroyo.

EDU. ¡Caballero! ¡Me dará usted una explicación de esas palabras!

FEL. ¡Yo! ¿Por qué?

EDU. ¡Porque el marido de esta señora soy yo!

FEL. (Aparte.) (¡Válgame la Trinidad!)

GERT. (Aparte.) (Otra cuestión.)

EDU. Espero una satisfacción inmediata, ó de lo contrario...

FEL. Está usted en su derecho; pido á usted mil perdones por no ser usted á quien yo me refería... Hablo del otro...

EDU. }
FIL. } ¡Del otro!

GERT. ¡Del que ha estado en la cama!

FEL. Ese... el otro marido de su señora.

FIL. ¿Qué dice usted? ¿Mi otro marido?

FEL. ¡Sí, señora; el que dejé aquí en depósito hace una hora!

EDU. ¿Pero resulta cierto?

FIL. ¡No lo creas!

FEL. ¡Ahí está la chica! ¿No es verdad?

GERT. Es verdad, señorito.

FIL. ¡Es usted un impostor, un miserable!

EDU. ¡Salga usted inmediatamente de esta casa!

FEL. ¡Poquito á poco! ¡Yo estoy aquí en virtud de una santa misión!

GERT. La de enredarlo todo.

FEL. Usted... ¿cómo se llama?

EDU. Eduardo Mendoza.

FEL. ¡Lo mismo que el otro!

FIL. ¡Qué machacón! Yo no tengo más marido que éste y... deshecho el error...

EDU. ¿Por dónde ha entrado?...

FEL. ¡Por la puerta!

EDU. Se va usted á la calle.

FIL. Beso á usted la mano. (Haciendo medio mutis.)

FEL. No; no me bese usted nada; porque todavía no me marcho.

EDU. ¡Lo echaré yo! ¡Canastos!

FEL. Es que parece que he sido víctima de una burla, y... la verdad, no quiero sentar plaza de tonto... A mí se me ha hecho ir en busca de su señora á casa de su mamá.

FIL. ¿Y ha ido usted?

FEL. ¡Sí, señora!

EDU. Muchas gracias y en paz.

FEL. No, señor, que me han acusado las cuarenta.

EDU. ¿Por qué?

FEL. Porque su señora no ha estado en casa de su mamá, como me dijo la muchacha

GERT. ¡Otro lío!

EDU. ¿Es cierto, Filomena?

FIL. ¡Te juro que he ido á casa de mi madre!

EDU. Usted se ha propuesto provocarme un lance y...

FIL. No, Eduardo. ¡Por Dios!

GERT. ¡Señorito, apláquese usted!

EDU. ¡Váyase de esta esta!

GERT. ¡No sea usted pelma! ¡Hombre!

FEL. Le daré á usted gusto, á la señora y á la muchacha: me marcharé.

FIL.
GERT.
EDU. } ¡Gracias á Dios!

FEL. Pero tienen ustedes que entregarme al caballero que me dejé aquí, ó en su defecto, un recibo...

EDU. ¡Ya no aguanto más! O se marcha usted por la puerta ó lo tiro por el balcón... y el otro si lo encuentro...

FIL. Ya se lo mandaremos.

FEL. ¡Es que está borracho, perdido!

GERT. Por el correo interior irá muy bien.

FEL. ¿Por el correo? ¡No admiten líquidos!

EDU. Gertrudis, llama al sereno.

FEL. Sí, sí que lo llame; él podrá dar mucha luz.

FIL. Para que baje usted la escalera.

GERT. ¿Por dónde lo llamo?

EDU. ¡Por el balcón! Que suba la autoridad, no quiero más compromisos esta noche. (Gertrudis ha ido al balcón de la derecha, y al llegar, se ha abierto y ha salido Pedro envuelto en la sábana y con el gorro de dormir puesto en la cabeza. Gertrudis da un grito.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y PEDRO

EDU. ¿Qué es eso?

FIL. ¡Un hombre!

FEL. ¡Un sorbete!

FIL. ¡Y de qué manera!

GERT. (A Filomena.) ¡Señorita, es un fresco!

PED. ¿Qué es esto? ¡Visita á estas horas!

FEL. ¡Pero si es mi hombre!... ¡El que estamos buscando!

PED (Aparte.) ¿Dónde estoy yo? ¡Esta no es mi casa! (Gertrudis y Filomena permanecen á respetuosa distancia.)

FEL. ¡Acérquense ustedes! ¡Es inofensivo!

FIL. El traje no es muy apropósito...

GERT. (Aparte.) ¡Pobre señor!

FEL. Le echaremos algo..

FIL. Una manta de la cama para que conserve el calor... (Cogiendo una manta de la cama y dándosela á Felipe.)

GERT. (Aparte.) Y la memoria, que es lo que á mí

me interesa. (Gertrudis, Filomena y Felipe, éste con la manta, se disponen á abrigar á Pedro.)

EDU. (Aparte.) ¡Sí; es él, mi rival; el de la bronca del baile!... ¡y en mi casa!... Si me reconoce y cuenta el motivo del duelo... mi mujer se entera... ¡Ah!... ¡No... eso, nunca! (Dirigiéndose precipitadamente al grupo que forman Gertrudis, Filomena, Pedro y Felipe; coge á éste por un brazo y se lo trae al proscenio. Felipe, al seguir á Eduardo se lleva la manta. Filomena y Gertrudis dan un grito y dejan á Pedro solo.) ¡Venga usted aquí!

PED. ¡Que se lleva usted la manta!

EDU. ¿Cómo ha traído usted á ese hombre á esta casa?

FEL. ¡A cuestas!

EDU. ¿Se habrá usted quedado descansado?

FEL. ¡No lo sabe usted muy bien!

EDU. Bueno, y... ¿por qué lo ha traído usted aquí?

FEL. Porque creí que era el inquilino de este cuarto; lo encontré desmayado en la calle y le hallé en el bolsillo esta tarjeta. (Le da una tarjeta.)

EDU. ¡Esta tarjeta es mía!

FEL ¿Qué me dice usted?

EDU. La que yo le dí como recibo.

FEL. ¡Recibo! ¿De qué?

EDU. ¡De una bofetada! Ya comprenderá usted que no puede estar ni un momento más en esta casa.

FEL. Me lo llevaré, si le estorba.

EDU. Si mi mujer descubre el lance... hago una que suene mucho.

FEL. ¿Va usted á hacer alguna campana gorda?

EDU. ¡Usted verá! (Felipe se dirige hacia Pedro y le coloca la manta.)

FEL. (Aparte) ¡Qué noche!... ¡No me ocurrirá otra, lo juro! (Pedro se lleva á Felipe hacia el proscenio con mucho misterio y tomando toda clase de aptitudes para que no le reconozca Eduardo.)

PED ¡Caballero providencial, por la bebida que más le guste del mundo, lléveme al arroyo, se lo suplico!

FEL. En eso estoy pensando.

PED. Ahora que estoy más sereno, noto que voy perdiendo la serenidad.

FEL. ¿Por qué?

PED. Porque esta no es mi casa, y ese señor que está ahí, me ha desafiado esta noche, y por lo más caro de su cariño, le pido...

FEL. ¡Pida usted lo que quiera!

PED. ¡Que no me descubra!

FEL. ¿Por qué?

PED. ¡Porque hay señoras!

EDU. (Con ademanes descompuestos.) ¡Señores míos, llegó la hora!

PED. Sí; ya debe ser muy tarde.

EDU. ¡A la calle!... ¡Pronto! (Señalando imperiosamente la puerta derecha)

PED. (A Felipe.) Nos echan.

FEL. (A Pedro.) Con una leve indicación. (Gertrudis toma de encima de la mesa de noche una bujía y la enciende. Pedro y Felipe no se atreven á moverse.)

EDU. ¿Qué los detiene?

FEL. ¡Qué quiere usted que nos detenga!

PED. ¡La falta de ropa!

EDU. ¡Por vida de!... Pasen ustedes á esa habitación y vístase inmediatamente. (Aparte.) ¡Todavía me va á reconocer!... (Gertrudis lleva á Pedro hacia la puerta izquierda, mientras Felipe recoge la ropa de Pedro que hay en las butacas ó en la cama.)

GERT. (A Pedro.) Caballero, sígame... ¿No me conoce usted? ¡Yo soy la del tálamo!

PED. ¿Ha estado usted allí alguna vez?

GERT. ¡Una, y no vuelvo más!

PED. ¿Por qué?

GERT. Porque yo no me atrevo á ir sola...

EDU. ¿Dónde vas tú? ¡Gertrudis!

PED. Va al tálamo, caballero.

EDU. ¡Va al infierno! (Pedro entra por la puerta izquierdá)

GERT. Iba... á vestirlo. .

FEL. Gracias, hija; pero se viste ya solo. (Entrando por la misma puerta y volviendo á salir en seguida.)

FIL. ¡Ay, Eduardo, que noche más empecatada!

EDU. Pero algo bueno puede proporcionarnos.

FIL. ¿Bueno?... ¡Lo dudo!

EDU. Siéntate ahí y continúa el diario de tu vida. (Filomena se sienta al buró.—Dictándola.) Día diez: mi esposo se arrepiente de todos sus pecados... y yo... lo perdono.

FIL. (Levantándose y arrojándose en sus brazos.) ¡Con toda mi alma, Eduardo!

FEL. Gracias á Dios que he hecho un bien... por carambola. ¿Me perdonan ustedes?

EDU. Si estos señores nos perdonan á todos.

FEL. Sensible equivocación
sufrí por filantropía,
y espero de su hidalguía
para mi falta, perdón.

TELÓN

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el domicilio de la *Sociedad de Autores Españoles*, **Salón del Prado, 14, hotel**, considerándose como fraudulento todo el que carezca del sello de dicha Sociedad.